

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

JOSEP GARCIA



►► Laia Jara y Esther Báez, ayer en Llanàrium, en Barcelona.

El poder de tejer en una red global

La primera vez que vi a una tejedora urbana fue en el metro. Una chica joven sacaba ovillo y agujas y, absorta, se mantenía al margen de las miradas. Sucedió en la línea lila. Era junio, para mí, fue solo una anécdota. El sábado 16 de junio, en la calle de Estruc, se reunían 50 personas para tejer durante 24 horas. El maratón de punto era la segunda anécdota del tricotazo en solo un mes.

Va la tercera: el 21 de junio, el *New York Times* publicaba que el Comité Olímpico de Estados Unidos tuvo que disculparse «hasta dos veces» porque, al parecer, ofendió a miles –en realidad, millones– de tejedoras. La noticia tiene punta: una página web, Ravelry, había organizado una olimpiada de tejedoras –tejer mientras duran los Juegos Olímpicos de Londres– y los nombres con los que habían publicitado el acontecimiento (hockey bufanda, jersey de triatlón...) habían picado a los miembros del comité. Las tejedoras se pusieron en pie de guerra: amenazaron con boicotear las Olimpiadas y retirar sus donaciones.

Tener a dos millones de tejedoras –Ravelry tiene 2,2 millones de usuarios registradas y es considerada la comunidad de tejedoras más gran-

de del mundo– es como mínimo un tema puntiagudo. Ayer **Laia Jara**, propietaria de Llanàrium, la tienda que organizó el maratón de tejedores en la calle de Estruc, aclaraba que una decena de tejedores acabó la proeza en el interior de la tienda y deseaba mis dudas sobre esta tendencia urbana que recupera el tricotazo, el ganchillo, el punto y la lana.

Laia explicaba que Ravelry nació porque, en el 2007, una pareja de Boston fundó una página web en la

El comité olímpico de EEUU tuvo que disculparse ante el enojo de las tejedoras

que se compartían patrones y fotos y había foros. Al principio, era solo una página doméstica que surgía con el objetivo de crear una pequeña comunidad de tejedores aficionados norteamericanos. **Jess**, la mujer, se había dado cuenta de que la información sobre el punto estaba desperdigada por la red. Su compañero, **Cassey**, es programador y le ayudó a montar la página. Hoy en día la web es un éxito rotundo en Estados Uni-

dos, Europa y Canadá.

Hace casi ocho meses que **Laia** abrió Llanàrium. Durante 14 años trabajó como peluquera canina y auxiliar de veterinaria. Se lesionó y se dijo a sí misma que era ahora o nunca: abriría una tienda de lana donde enseñar a tejer (su pasión), y donde muchas tejedoras catalanas –«También vienen algunos hombres», decía **Laia**– tienen un punto de encuentro.

La tienda no es ni la primera de Barcelona ni seguramente será la última. **Laia** habla de All You Need is Knit (Todo lo que necesitas es tejer) y explica que tejer es crear comunidad. «No sale barato, pero sí que es una excusa para quedar con amigos y sentir que creas con las manos», dice. Cada vez son más las personas –el perfil es de una mujer de entre 25 y 50 años– que aprenden a tejer como afición y copiando esa filosofía tan arraigada en los países anglosajones de: «DIY (Hazlo tú mismo)».

Primero, rescatan el recuerdo de la abuela y, luego, lo adaptan al siglo XXI: se ayudan a través de internet, buscan en YouTube y tejen un diálogo transnacional tan poderoso que hasta esquilmó al comité olímpico. **Laia** debe los primeros puntos a su abuela Laura y su especialización, a internet y a Ravelry. «Se organizan piezas comunes. Es decir, se propone una pieza y la tejemos aquí, en Sevilla, en Perú. Cuando tienes una duda, solo tienes que escribir y alguien te contesta. Da igual el idioma. Nos entendemos», dice **Laia**. ■



apiedecalle@elperiodico.com